La casa donde nací

JULIO ALARD JOSEMARÍA

(Retratos Saludables)

Retratos Saludables es una obra hecha de pequeños trozos de vida. En ella conviven veinte relatos y veinte fotografías, dos maneras de narrar historias. Cada relato y fotografía es una ventana a momentos únicos, capturando la esencia de las experiencias humanas. El autor nos lleva en un viaje emocional por su geografía sentimental, donde la alegría, la tristeza, la sorpresa y la reflexión se entrelazan. Cargada de nostalgia y de humor en algunos pasajes, el autor va desgranando diferentes episodios que forman parte de lo vivido, de lo oído y también de lo imaginado a lo largo de su vida.

Retratos Saludables
Julio Alard Josemaría
ISBN-13: 979-8877567023
https://amzn.eu/d/3GdJXAk

La literatura nos ha enseñado que las casas no solo son paredes y techos; son, ante todo, geografías de interior, territorios míticos, imaginarios o imaginados, pero en todo caso vividos.

Pienso en Gabriel García Márquez y en la que fue la casa de sus abuelos maternos de Aracataca, hoy casa museo del insigne escritor. Más tarde se transformó en el Macondo de *Cien años de soledad*, un hogar donde los vivos y los muertos compartían el café de la tarde. O en Isabel Allende y su *Casa de los espíritus*, una estructura que crecía de forma impredecible con habitaciones ciegas y ventanas que daban a paredes interiores y terrazas suspendidas en el vacío. Incluso el propio Cervantes, al arrancar su obra cumbre, no nos habla de un mapa, sino de un hogar: *«En un lugar de la Mancha... vivía un hidalgo»*. El hidalgo necesitaba una casa, unos libros viejos y un rincón desde donde volverse loco de imaginación.

Hay casas reales que se vuelven mitos gracias a la escritura, y hay casas imaginarias que se vuelven tan vívidas que uno juraría haber respirado el polvo de sus pasillos. Sin embargo, los territorios más míticos no pertenecen a la ficción pura, sino a la memoria de la infancia. Esas casas que ya no poseemos, pero que nos poseen a nosotros. Espacios fronterizos donde la historia familiar se confunde con la leyenda, donde los vivos habitan el recuerdo y los muertos se resisten a desalojar las habitaciones. Mi novela "La casa de los ruidos", de inminente publicación, indaga precisamente en esa frontera donde la literatura se nutre de lo vivido.

Pero lo que ahora traigo aquí es otro territorio mítico, un lugar con coordenadas exactas que hoy, sin embargo, solo habita en mis recuerdos y en mis sueños más nostálgicos, la casa donde nací.

Ocurrió en la madrugada de un 27 de mayo, era lunes, aunque eso poco importa en el resultado de esta historia. Vine al mundo, eso sí, en la casa de mis abuelos. Una vivienda modesta situada justo enfrente del muro que separa y resguarda los jardines del palacio del Marqués de Mirabel. En la parte de atrás de la casa se adosa la muralla medieval que imperturbable sirve de cercado al casco histórico de la ciudad de Plasencia.

Recuerdo siendo todavía un niño asomarme al pequeño balcón de la planta de arriba de la casa, y divisar parte del recinto ajardinado de aquel insigne palacio, su torre y unas ventanas que siempre estaban cerradas. Los días de lluvia, casi como en una realidad inmersiva, podía imaginarme caminando entre plantas, árboles y toda la vegetación que decora ese cuidado jardín.

Lo que no consigo recordar, a pesar de los esfuerzos, fue el día exacto en que salí por última vez de esa casa para no volver a pisarla nunca más. Sin embargo, todavía cierro los ojos y puedo recorrerla palmo a palmo. Soy capaz de reconocer cada recoveco; andar por los pasillos; asomarme a cada habitación; sentir el crujir bajo mis pies de la madera vieja de los peldaños que suben hasta la parte de arriba de la vivienda; caminar por la terraza y, desde allí, encaramarse hasta una de las almenas de la muralla que, por fortuna o por el destino, le había tocado a la casa. Desde esa almena podía divisar el espacio amplio del barrio del Berrocal con sus enormes canchales y hasta el puente de San Lázaro.

Con el tiempo la casa se vendió a los vecinos de al lado, tenía lógica el asunto, pues la compraron con la idea de que la ocupara su hija recién casada. Era la manera de los padres de retenerla de algún modo, aunque supongo que no debieron conseguirlo porque años más tarde la casa se volvió a vender y fue a parar a manos de un desconocido. Justo ahí le perdí la pista.

Hace no mucho tiempo volví a Plasencia, –lo hago alguna que otra vez, supongo que cuando la nostalgia me invade–. Suelo recorrer las calles donde me crie, visito la catedral y alguna iglesia, y después, el ritual me lleva a la calle donde nací para detenerme por unos momentos en la fachada de la que fue la casa de mis abuelos. Cierro por unos instantes los ojos y casi consigo oír las voces de mi abuela, llamándonos para comer o para cenar. Al rato me tomo una foto delante de la vivienda, todas las veces que voy lo hago. Luego las comparo con las de otras veces y observo mi evolución, o lo que es lo mismo, me veo cómo voy envejeciendo poco a poco, aunque la expresión de nostalgia, inflada por los recuerdos, sigue siendo la misma en cada una de esas fotos.

En esta ocasión, bordeé por el muro del palacio y llegué, una calle más arriba, hasta una librería inédita en mi imaginario. Una tienda de libros que habían abierto no hacía mucho. He de reconocer que esos lugares ejercen en mí un mágico magnetismo. Me atrapan como un agujero negro y me mantie-

nen en su órbita hasta que al final decido entrar, y casi siempre salgo con un libro, o con un par de ellos debajo del brazo. Eso sí, después de pasar un buen rato curioseando y leyendo algunos fragmentos de novelas, ensayos, y libros de todo estilo y pelaje. Aquella ocasión no fue diferente, sin embargo, un suceso marcó mi visita a aquel lugar.

En un espacio angosto de la librería, rodeado por varias montañas de libros viejos, se encontraba sentado un hombre de cierta edad que cabizbajo limpiaba con un trapo los libros que agarraba y los devolvía a otros montones después de una rapidísima ojeada a su interior. Era imposible que pudiera leer más allá de un par de líneas, pero lo suficiente como para poder ordenarlos en otros montones que desde el suelo iban también creciendo.

—Perdone que le moleste, ¿es usted el dueño de la librería? —Le pregunté cortés a sabiendas que le acaba de interrumpir en su labor.

—Eso parece. —Me respondió lacónico sin levantar la vista de su trabajo.

Desde arriba, sentado en una vieja silla, parecía un personaje de una novela que hubiera salido en ese momento de la obra.

—Me han dicho que aquí hacen presentaciones de libros. La verdad es que acabo de autopublicar una novela. —Le dije, recordando lo que me había dicho mi primo Carlos unos días antes, "*es una librería pequeña, pero a veces algunos autores dan charlas sobre sus novelas, yo mismo he asistido a alguna de esas presentaciones*".

El hombre levantó la vista del libro que tenía entre las manos y me miró con una rara expresión. Parecía no terminar de encontrar una respuesta rápida a lo que intuía que le iba a proponer.

—Bueno, eso de las presentaciones fue antes de la pandemia, pero ahora ya no las hacemos. —Dijo adelantándose a mi hipotética propuesta.

Le hice un gesto intentando transmitirle que no necesitaba más detalles, que en el fondo me daba un poco igual, pero él prefirió darme alguna explicación más.

—Hicimos alguna presentación después de lo del COVID y todo eso, pero no tuvo demasiado éxito. Además, como verá el espacio que tenemos es el que es. Esto es un sitio pequeño, y claro, cuando hemos hecho alguna actividad de ese tipo, pues tenemos que cerrar la tienda solo para ese evento, y claro, las ventas se resienten.

—Ya entiendo. —Le respondí dando por concluido ese tema.

—Pero ¿conoce usted a alguien que pudiera estar interesado? Me refiero a la presentación de su libro. —Repuso el librero, no sé si por quedar bien conmigo, o por buscar alguna oportunidad de retomar aquellas viejas actividades.

—Bueno yo nací en Plasencia —le dije intentando no parecer un forastero, pero al instante me despojé del ropaje de impostor y añadí— pero la verdad es que, hace muchos años que vivo en la capital, ahora, salvo mis tíos y un primo no conozco a nadie más aquí.

—¡Ya! No sé si con eso será suficiente.

—No se preocupe, me hago cargo. A ver, a mí me gusta mucho mi pueblo, qué le voy a decir. Bueno, la ciudad, que esto ya no es tan pequeño. Nací justo en la calle paralela a esta librería, a dos minutos. Antes la llamaban calle Bailen, y ahora la llaman calle de las Esparrillas.

En ese momento el librero arqueó las cejas hacia su frente y me lanzó una mirada intentando vislumbrar algo en mi persona que le resultaba extramente familiar.

—Ahí es donde vivo yo, en esa misma calle. –Señaló con sorpresa.

—Pues, precisamente acabo de pasar por allí. –Le dije mostrándole la foto que me acababa de tomar con la fachada de la casa de mis abuelos como fondo.

Mientras miraba la imagen que le mostraba mi teléfono móvil, iba cambiando su semblante por un incipiente estado de desconcierto.

—Pero,...esa es mi casa, la compré hace un par de años. –Señaló con recelo y un punto de incertidumbre en su mirada.

La insólita coincidencia hizo que llegaran hasta mi cabeza aquellas expresiones tan de mi abuela, "*señales nos manda el señor*" o "*eso es cosa de la Divina Providencia*". Sin embargo, sobreponiéndome a esa sorpresa acerté a explicarle,

—En esa casa nací hace ya muchos años. Perteneció a mis abuelos, pero cuando murieron, sus hijos no se pusieron de acuerdo y al final la vendieron al vecino que vivía por debajo, creo que para una de sus hijas. Él se llamaba Ramiro.

—No le recuerdo. La casa la compré a través de una inmobiliaria, la propietaria se llamaba Catalina, aunque no la llegué a conocer. —Explicó el librero, mientras se esforzaba por recordar.

—¡Qué casualidad!, antes de mis abuelos la casa perteneció a mi bisabuela que también se llamaba Catalina. Ella fue la que la compró por setecientas pesetas de las de entonces. Fue ese el dinero que le dieron como indemnización tras el fallecimiento de su marido en un fatal accidente de trabajo.

El hombre se encogió de hombros y su mirada triste se acentuó todavía más. Intuí que esa expresión era una invitación a que siguiera contándole historias de aquella casa, de su casa, a fin de cuentas.

Le conté que allí vivieron mis abuelos, Félix y Juliana. Además, de la hermana de él, Pepa, y el hermano de ella, Alejandro, al que todos le llamábamos Leandro. Una historia muy curiosa, le dije. Pues vera, como quiera que mi abuela aspiraba mucho la j –no la pronunciaba para ser exactos– y cuando le nombraba, o le llamaba a grito pelado le decía "*Aleandro*", así, con el paso del tiempo todos empezamos a llamarle Leandro. Le habíamos rebautizado, fíjese usted. Leandro fue un solterón empedernido hasta que a los ochenta y tantos años tras una larga vida de farras y borracheras falleció.

Hubo un tiempo en que mis hermanos intentamos, por pura chanza, ennoviarle con la tía Pepa, también soltera. Una ardua tarea, ya que ella se ponía de los nervios. Odiaba a muerte a cualquier hombre que no fuera su hermano, desde el fatídico día que fue mancillada por un militar en un descampado cuando era todavía una niña.

—¡Leandro, Pepa! –Dijo el librero con voz muy baja y algo ronca, como si recitará unos salmos o como si estuviera ante la revelación de algún arcano.

—Bueno de esto ya hace muchos años. Todos están ya muertos. Y de los hijos, sólo uno de ellos vive en Plasencia, la hija mayor. Todos los demás marcharon a la capital buscando mejorar sus vidas.

Sin darme cuenta, estaba haciendo una presentación de una novela, la viva historia de aquella casa adosada intramuros donde nací.

El librero escuchaba la historia con atención, ávido por retener toda la información, aunque su mente parecía estar deambulando por otro lado. Le conté como recordaba la casa por dentro. Según le hablaba me veía de niño, con mis hermanos, zascandileando de arriba para abajo por la casa mientras iba descubriendo pequeños secretos, como la alacena de obra que tapada con un grueso cortinón guardaba mantas que picaban, colchas y sabanas que desprendían un inmenso olor a bolas de alcanfor. El oscuro desván que albergaba utensilios imposibles, vasijas de metal y barro, aperos de trabajo y restos incompletos de algún ajuar con prendas y enseres sin haberse utilizado en la vida.

La entrada era por el portal, un espacio no muy grande que pasaba por ser la parte más fresca de la casa. Según entrabas dejabas a un lado las escaleras que subían a la primera planta y justo a la derecha salía un pasillo largo y angosto, pero de techos altos. El pasillo desembocaba en lo que llamábamos el corral. Ese era el lugar de trabajo por las tardes, y a veces hasta bien entrada la noche, de mis abuelos, de Leandro y también de Pepa. En aquel espacio se preparaba y manipulaba el género que a mediodía servía un señor en una vieja camioneta. Eran vísceras; despojos; callos; sangre servida en cántaros para hacer morcillas; tripas; patas de becerros, ovejas y terneros que había que pelar y cocer en un calde-

ro de cobre gigante. El género no era otra cosa que los despieces para hacer los productos de casquería que a la mañana siguiente se vendían en la plaza de abastos. La preparación de esos productos se llamaba hacer el quico, y sí, mi abuela era la señora Juliana la *quiquera*, y nosotros, los nietos de la *quiquera*, y mi madre, la hija de la *quiquera*.

Las morcillas de sangre, junto con alguna ristra de chorizos embadurnados de pimentón de la vera, se dejaban orear en los alambres que habían extendido a lo largo de aquel oscuro pasillo que conducía al corral. En una ocasión mi tío Leandro, acostumbrado a irse de farra con los amigotes al terminar la jornada laboral, llegó un día a la casa más que entonado. Agarró una escalera de tijeras, la abrió, la situó debajo de las ristras de chorizo y morcilla, y a pesar de lo beodo que iba consiguió encaramarse a la escalera y a bocados iba dando buena cuenta de alguna que otra morcilla y de algún que otro chorizo.

En ese momento, su madre, la bisabuela Catalina que a la sazón vivía con ellos en aquella época, le sorprendió, y a pesar de ser una mujer muy menudita se gastaba una fuerza que nadie sabía de donde la sacaba. Con las mismas, arreó una patada a las escaleras que sujetaba al ladrón de morcillas, con tal tino que la tiró dando con Leandro de bruces en el suelo. En ese momento, como una pantera negra le saltó encima, le revolvió, y abriendo con sus dos manos huesudas la boca del incauto le iba sacando los trozos casi enteros del embutido todavía fresco que le quedaba por terminar de masticar.

Yo era todavía un niño, pero recuerdo que al oír el estrépito de la caída y los gritos desquiciados de la bisabuela Catalina, me acerqué al lugar de los hechos para ver que ocurría. La escena, una más, se me quedó grabada en la memoria para el resto de mi vida. Mi bisabuela encima de Leandro, como si cabalgara un burro, pinzándole el cuello con sus piernas fibrosas, mientras le sacaba de la boca los trozos de embutido.

—Escupe, mal nacido —le gritaba como en un burdo exorcismo— Pero hoy, canalla, precisamente hoy, el día de Jueves Santo. Pero como se te ocurre, vas a ir al infierno de cabeza. Comiendo carne en el día más sagrado de ayuno. Escupe mala bestia, hijo de Santanás —vociferaba mientras iba sacando los trozos de la boca medio tonta del pobre Leandro.

El propietario de la librería, y a la postre de la casa que ocupaba mi relato, escuchaba absorto, sin pestañear, conmocionado. Sin embargo, hacia rato que quería interrumpir para comentar algo, o para poner fin a esa historia. Finalmente dijo,

—Encargué algunas reformas en la vivienda. Entiendo que algunas de ellas eran cambios sobre otros cambios que ya debieron hacer los anteriores inquilinos. Tuve la intención de conservar las escaleras de madera vieja que subían a la última planta. Era la única en la que no había hecho ningún cambio. Probablemente estará como usted recuerda.

Sin embargo, por la noche oía el crujir orgánico de la madera. A veces parecía como si alguien subiera o bajará por esas escaleras. Sentía los pasos, y a veces hasta el jadear fatigado de alguna persona por el esfuerzo de subir o de bajar. Al año siguiente decidí sustituir las escaleras por escaños de piedra. Desde entonces ya no oigo el crujir de la madera, pero alguna noche, cuando aguzo mucho el oído puedo oír una voz femenina que llama a Pepa, y un lamento infinito que entre lloros dice algo así como, *"lo siento mi pequeña, no tenía que haberte abandonado ese día"*, *"nunca podré perdonarme"*.

Aquella historia de Pepa me sobrecogió, pero no porque no la conociera, ya la había dejado escrita en otro lugar. En ese momento le entregué una tarjeta. *Si algún día se aburre de la casa, decide ir a vivir a otro sitio, contacté conmigo,* le dije. *Así lo haré, amigo.* Nos despedimos y salí a la calle con mis dos libros, y una nueva historia para mis recuerdos. Creo que se ofreció a enseñarme su casa. No sé si escuché su propuesta, o simplemente no le quise oír, después de todo preferí no alterar los recuerdos de la casa que mantengo todavía muy vivos.